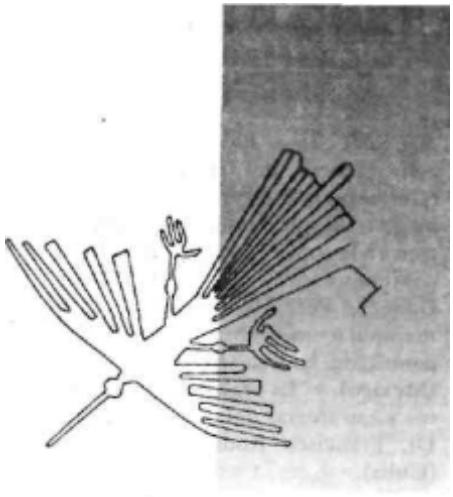
BIBLIOGRÁFICAS



“Arte de la lengua mexicana”

Diony Duran *(Cuba)*

In hualcholo cocotinhuan
icuic
monechnonotza moixpanyo
cihuatlazotli
chalchiuhnene qutzaltitech
moyoleuhqui
yollotl in tlahuizcalpantitech

Un poeta mexicano escribe estos versos; Cuicapique conocedor de la poesía, hace un canto de amor que se puede leer en su propia traducción:

El fugitivo Canto de
las tórtolas
me anuncia tu presencia,
preciosa mujer,
vulva de jade
enamorado,
corazón de aurora.[1]

El que escribe así no es un poeta de aquellos certámenes de poesía a los que posiblemente asistiera Monctezuma engalanado con túnica blanca y bordada, plumaje majestuoso en la cabeza. Muchos siglos después, Luis Alveláis Pozos es representativo de la literatura escrita en lengua náhuatl, como hay otros. Delicada, frágil a veces, la palabra de un sonido cantarino, envuelve con su atmósfera la poesía: "vulva de jade", dice, y no hay otra

manera de decirlo con el acercamiento de lo propio, la palabra precisa, la manera de despertar el sentido de la piedra, de atraer el remoto recuerdo del cuchillo de obsidiana para el sacrificio a los dioses, convertido ahora en imagen complementaria, filo del deseo que presume allí su encuentro y su vaina.

Han pasado más de cinco siglos, la hermosa Tecnochtitlan descansa bajo la ciudad moderna, o se revela cada cierto tiempo en sus estatuas y templos. Agua subterránea, apresada por tierra y molduras antiquísimas de chinampas, recuerda el cauce lacustre de antes, los puentes colgantes, jardines, aves, templos, el cuidadoso gesto ceremonioso de los vecinos al saludarse, palabras sueltas de la conversación: Ciuatl, Teutl, Vilutl, Ylama;[2] o tal vez alguien las repite en la superficie, lenguaje emplumado, encubierto por el tiempo, asoma su ritmo y su intencionalidad y permanece.

Permanece en un horizonte temporal diferente, aunque aún represente la cosmovisión de un universo indígena traspasado por el mundo agrario mexicano del siglo xx. Palabra empeñada en contener una cultura opulenta y persistente, mantiene vivo su deseo y su capacidad comunicativa. Tampoco ha concluido la adaptación y el aprendizaje: dos lenguas cohabitan en el mundo mexicano y entre ellas se teje la formulación de aquella cultura y quizás su laberinto. A él aludía Octavio Paz:

"Las épocas viejas nunca desaparecen completamente y todas las heridas, aun las más antiguas, manan sangre todavía. A veces, como las pirámides precortesianas que ocultan casi siempre otras, en una sola ciudad o en una sola alma se mezclan y superponen nociones y sensibilidades enemigas o distantes."[3]

En México más de medio millón de personas hablan náhuatl y se recogen cuidadosamente los textos literarios contemporáneos escritos en esa lengua que, como el que inicia estas páginas, conservan y expresan no solo convenciones lingüísticas, sino una cosmovisión cultural, como la antología elaborada por Miguel León Portilla: *Yancuic tlahtolli: la Nueva Palabra, una antología de la literatura náhuatl contemporánea.*

Cuando en torno al año 1992 se elaboró la idea de publicar una serie de gramáticas de las lenguas prehispánicas, sé presentaba un texto de renovada capacidad para el estudio de una lengua viva. Así apareció en 1993 el *Arte de la lengua mexicana,* de Fray Andrés de Olmos.[4]

Al Virreinato de Nueva España había llegado fray Andrés de Olmos (1491-1571) en el año 1528, y buena y sabia debió ser su disposición para investigar y descubrir, cuando sus superiores le dieron tareas como esta de confeccionar una gramática de la lengua náhuatl. Como Bernardino de Sa-hagún y otros frailes que llegaron con los conquistadores, la labor de fray Andrés de Olmos desborda la capacidad de comunicación y rescate, para instalarse en un humanismo respetuoso, que validó, por encima de las oscuras fuerzas inquisitoriales, un habla y una cultura.

Difícil, fue no obstante, la pesquisa, como anota el fraile en su "Carta dedicatoria" a fray Martín de Hojacastro, su superior, y el que le dio esta tarea:

"Porque son ellos muy parcos en el hablar y en este género de docencia inexpertos, de tal suerte que, con muchos rodeos y con una gran multiplicidad de palabras, acercándonos a los secretos de esta lengua e inquiriendo de ellos, apenas, como dicen, pudimos sacar algún vocablillo de su lengua. Por lo cual, como alucinados, olfateamos o adivinamos qué piensan o quieren pensar."[5]

Como alucinado, olfatea fray Andrés de Olmos la palabra náhuatl, descubre o adivina qué piensan, sabe que no poseen un texto que discipline el habla y la muestre y enseñe. Párrafo revelador el del prelado, que no habla de códices aztecas, ni de sus formas en biombo, ni de los glifos que organizan una semántica del lenguaje. Olmos entra en el campo ritual de la oralidad y se establece en el recurso más importante de la comunicación azteca.

No obstante ser el mundo azteca capaz de verificarse en textos de escritura que los acercan a las convenciones escriturales del mundo europeo, su sistema de representaciones ideográficas no deja de necesitar la complementación oral, por la fuerte carga mne-motécnica de la representación del pensamiento. Toda una zona de convivencia y vida cultural activa quedaba a expensas de la comunicación oral, para expresar la narración de la historia en su actualidad y fuerza, para contener la movilidad del pensamiento y su interacción.

Disciplinar el habla constituyó así, entre otras muchas cosas, un acto jerarquizado de poder, una manera de contener, en el alfabeto latino, la múltiple, vigorosa semántica y fonética de la lengua náhuatl.

Acaso el noble prelado no sabía que ejecutaba una orden señorial al componer aquel libro de la lengua azteca. Acaso su fiel obediencia a los superiores ignorara que el campo escritural europeo, con su fetichismo autoritario, se había manifestado desde el primer asentamiento de la conquista con una fuerza sagrada, asombrando a

los pobladores de aquellas tierras por su capacidad dominadora. Sobre todo en zonas de cultura tribal, que no habían alcanzado el desarrollo de las "culturas del maíz", e incluso en el imperio Inca, que conoció el *quipus* y no una escritura en papel y convenciones gráficas, los documentos de los españoles cobraron autonomía autoritaria y desde ellos se legitimaba una acción opresiva, ante los ojos y los oídos de aquella gente que no comprendía la fuerza del mandato y era arrasada minutos después de que se le leyeran los argumentos contra el impío, los argumentos escritos de "uno" que arremetía contra la cultura del "otro".

Así lo explica Martin Lienhard: "La imposición arbitraria de la escritura alfabética en el continente está lejos, pues, de importar un simple cambio técnico en la esfera de la comunicación autóctona. Si bien no se trata, como a veces se sostiene, de la introducción de la escritura en unas sociedades que ni la podían imaginar, no se puede tampoco hablar de la sustitución técnica, neutra, de unos sistemas de notación anticuados por otro más moderno y flexible. La irrupción de la cultura gráfica europea fue acompañada por la violenta destrucción de los sistemas antiguos. Los europeos, convencidos por su propia práctica de la existencia de un vínculo orgánico entre la escritura y un sistema ideológico-religioso, no tardaron, en efecto, en considerar los sistemas de notación autóctonos como invenciones del demonio fundador, según ellos, de las 'idolatrías' indígenas."[6]

La castellanización del habla indígena interrumpe la armonía entre la palabra "archivadadora y la palabra viva",[7] estableciendo un nuevo paradigma escritural, cuyo centro proviene de la concepción gramatical renacentista, configuradora del idioma como un estatuto de pertenencia. Así contribuye la gramática castellana de Nebrija a consolidar la unión de Castilla-Aragón desde el idioma, como las gramáticas de las lenguas prehispánicas consolidan desde el poder de la palabra el control de la nación colonizadora sobre la comunicación que sistematizaba el sistema de signos de la cultura colonizada.

Sin embargo, el proceso de transculturación de la lengua cruza un largo periplo de aclimatación, préstamos léxicos, modificaciones fonéticas y morfológicas hasta un horizonte mucho más reciente, en el que la contaminación con el idioma europeo supone cambios substanciales en los verbos y adaptaciones de la sintaxis. Proceso que se inicia en el siglo XVI, con ese encuentro proverbial en el cual la Malinche tradujo para Hernán Cortés la diversidad idiomática del náhuatl en el Valle de México y lo ayudó a cruzar, a contener, a convencer a los pueblos sojuzgados por los tenochcas, para alcanzar lo que parecía imposible y doblegar a los guerreros místicos mexicas en la jornada más triste que recordarían luego los sobrevivientes:

El llanto se extiende, las lágrimas
gotean allí en Tlatelolco.
Por agua se fueron ya los mexicanos;
semejan mujeres; la huida es general.
¿A dónde vamos?, ¡oh amigos! Luego
¿fue verdad?
Ya abandonan la ciudad de México:
el humo se está levantando; la niebla se
está extendiendo...[8]

Apenas veinte años después de su llegada a Nueva España, en 1547, fray Andrés de Olmos termina su gramática. Al producirse esta gramática de la lengua náhuatl en un horizonte primario del diálogo con la lengua europea, esta se mantiene en parámetros no contaminados y a ello se añade el olfato del fraile, que indaga con particular cuidado en la lengua hablada, captando sus sutilezas e incorporándolas con la fidelidad de un entendido, a pesar de sus reiteradas disculpas por los yerros que este texto pueda contener.

Muchos y distinguidos miembros de la nobleza náhuatl debieron prestar su concurso para esta tarea; a ellos les era permitido el estudio de la "expresión noble": lenguaje depurado para la gente de linaje que estudiaba en los centros de aprendizaje para nobles. Como hace ver Miguel León Portilla, "Realizar análisis morfémicos y aun registrarlos en su sistema glífico era, por consiguiente, algo que habían practicado espontáneamente los nahuas."[9]

En todo caso, muy cuidadosa fue la tarea del fraile, que debió buscar letras y grafemas propicios para expresar la síntesis de la lengua náhuatl y la enorme cantidad de afijos que la componen. Complejos análisis morfológicos y fonéticos debieron preceder cada uno de sus asentamientos gramaticales.

Así, este estudio gramatical se establece en un ordenamiento paulatino de los sistemas de la lengua, desde las partes de la oración hasta los nombres compuestos, dedicando una segunda parte a los verbos, tarea fértil, pero farragosa para contener el mundo inusitado de las acciones, en cuya introducción el fraile se da maña de respetuoso, cuando más habría que distinguirlo por eficaz:

"Primeramente se porna la conjugación, no como en la gramática, sino como la lengua lo pide y demanda, porque algunas maneras de dezir que nosotros tenemos en nuestra lengua, o en la latina, esta no las tiene. Y páreceme que

será confusión, por no salir de la conuugación del latin, poner algunos romances en tiempos que no les pueden quadrar, como parecerá en la conjugación de los verbos, por tanto a ninguno le paresca nouedad sin provecho; pues se dará en la formación la causa dello."[10]

Advertidos los lectores de la novedad de la lengua náhuatl, no solo entrarán en su conocimiento, sino en acatar la diversidad con el español no como síntoma de lo inferior, sino de lo diferente. Y, por otra parte, la insistencia en el lenguaje hablado, dinamiza el conocimiento no solo en las jerarquías verbales, sino en una tercera parte del texto que acomete preposiciones, adverbios, conjunciones, ortografía, hasta llegar a la parte octava y última de la tercera del libro, en la que se plasma: "de la manera de hablar que tenían los viejos en sus pláticas".

Los *Huehuehtlahtolli*, pláticas de los ancianos conocedores de la sabiduría azteca, completan esta gramática, incorporando el lenguaje de la oralidad como ejemplo de las estructuras léxicas que de otra manera ha desglosado Fray Olmos en las jerarquías gramaticales. Al incorporar estos ejemplos de oralidad, este estudio gramatical se instala en la semántica de la lengua: "porque una cosa quiere dezir la letra y otra la sentencia",[11] confirmando sus fuentes orales. De tal manera que refleja las mejores maneras de decir del náhuatl y el habla de la vida cotidiana, como hace ver en su introducción Miguel León Portilla, para probar que este entre otros elementos ya comentados destaca la modernidad del *Arte de la lengua mexicana*.

Mucho debió ser el uso y conocimiento de la gramática del fraile Olmos, cuando aun se conservan seis copias manuscritas y a veces glosadas en los márgenes por sus poseedores; copias que se encuentran en bibliotecas de Madrid, París y Norteamérica. Solo en 1875 se hizo su primera publicación en París y luego en 1885 en México.

Cuidadosa ha sido la transliteración realizada por Ascensión y Miguel León Portilla, cotejando las ediciones anteriores y los manuscritos, para ofrecer esta gramática azteca con un estudio especializado además de un tomo más breve que reproduce en forma facsimilar el original.

En la farragosa búsqueda de la identidad americana, en el trasiego entre el "uno" y el "otro", caras opuestas de monedas o cuchillos de un discurso secular americano, la lengua no es pieza incapaz del rompecabezas, sino uno de los rostros. Viene el *Arte*... a recordarlo o a animar a su presunto lector a que entre en el laberinto. Propuesta de comunicación, de búsqueda, de identidad, traen estos libros que son también paisaje en el paisaje humano de América. José Lezama Lima aseguraba:

"He ahí el germen del complejo terrible del americano: creer que su expresión no es forma alcanzada, sino problematismo, cosa a resolver. Sudoroso e inhibido por tan presuntuosos complejos, busca en la autoctonía el lujo que se le negaba, y acorralado entre esa pequeñez y el espejismo de las realizaciones europeas, revisa sus datos, pero ha olvidado lo esencial, que el plasmo de su autoctonía, es tierra igual que la de Europa. Y que las agujas para el rayo de nuestros palacios, se hacen de síntesis, como la de los artesanos occidentales, y que hincan, como el fervor de aquellos hombres, las espaldas de un celeste animal, igualmente desconocido y extraño".[12]

Hinca o advierte la voz náhuatl, murmullo o grito, conversación o poema, ofrece su código e invita a dialogar

in necaualiztzalan tkauelolmeh
itech noaltepuh taoayoltic
in quetzaliztin
miccauacatilique
in cuecuechcaxochitl
itech nocuic
notlahtol
ihuan nontozquiuh[13]

entre el silencio
de los escombros
de mi ciudad redonda
de jades enlutados
la flor estremecida de mis
Cantos
mi palabra
y mi voz....

NOTAS

[1] Luis Alveláis Pozos: *Yolteotl*, Premio extraordinario de literaturas indígenas, Casa de las Américas, Ciudad de La Habana, 1992, p. 35.

[2] Mujer, dios, paloma, vieja.

[3] Octavio Paz: *El laberinto de la soledad*, Ed. Cátedra, España, 1993, p. 146.

[4] Fray Andrés de Olmos: *Arte de la lengua mexicana*, introducción y transliteración por Ascensión y Miguel León Portilla, Editora de Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1993.

[5] Fray Andrés de Olmos: Ob. cit., p. 8.

[6] Martin Lienhard: *La voz y su huella*, Premio Ensayo Casa de las Américas, 1989, pp. 53-54.

[7] Ibídem, p. 54.

[8] *Cantos tristes de la conquista:* "Se ha perdido el pueblo mexicatl", en *Visión de los vencidos*, compilación y prólogo de Miguel León Portilla, Col. Literatura Latinoamericana, Casa de las Américas, 1972, p. 220.

[9] Miguel León: "Estudio introductorio", en Fray Andrés de Olmos: Ob. cit., p. XXII.

[10] Fray Andrés de Olmos: Ob. cit., p. 61.

[11] Ibídem, p. 186

12 José Lezama Lima: "La expresión americana" (Mitos y cansancio clásico), en *Confluencias*, Ed. Letras Cubanas, Instituto Cubano del Libro, Ciudad de La Habana, 1988, p. 221.

[13] Luis Alveláis Pozos: "...Todavía es de noche", en Ob. cit., p. 15.